

Conversación con Ildfonso Manuel Gil

Francisco Ruiz Soriano

Es una mañana fría de marzo, cojo el tren de Barcelona para visitar a Ildfonso-Manuel Gil en Zaragoza, donde vive el poeta y profesor tras muchos años de magisterio en universidades norteamericanas. Fue una gran alegría saber de la existencia del autor de *La voz cálida* (1934), después de estar trabajando en la Generación del 36, cuya mayoría de escritores ya han desaparecido. Mi interés y admiración por contactar con este destacado poeta de la Generación de la República viene a raíz de las reseñas que José Luis Hidalgo realizó en la revista *Leonardo* de sus libros y cómo el autor cántabro veía en el poeta aragonés un modelo a seguir para aquella Quinta del 42, que asomaba al panorama poético de la primera posguerra con el debate estético en torno al neoclasicismo garcilasista y una vertiente de preocupaciones humanas; sin duda, la poética de Ildfonso-Manuel Gil en sus *Poemas del dolor antiguo* (1945), aquella donde el vate expresaba la «búsqueda del humano temblor» en los versos, aunque «los mármoles tersos y geométricos resistiesen mejor el peso de los días», marcó el camino hacia la poesía social y existencial de aquellos jóvenes poetas. Hidalgo vio un ejemplo en el quehacer poético y vital en la figura de Ildfonso, quien con una poesía de solidaridad humana asumía el dolor existencial y social de toda una generación marcada por la guerra civil, ideas también muy presentes en *Los muertos* (1947) de José Luis Hidalgo o en *Tierra sin nosotros* (1947) de José Hierro.

Ildfonso-Manuel Gil es un testigo excepcional de toda una época de nuestra historia literaria reciente. Nacido en Paniza, Zaragoza, en 1912, estudió derecho en la Universidad Central de Madrid donde entró en contacto con el mundo literario de la mano de Benjamín Jarnés. Fue cofundador de revistas como *Brújula*, *Literatura* o *Boletín último*. Participó y colaboró en numerosas publicaciones y con *La voz cálida* (1934) inauguró una poesía entre el clasicismo y la vanguardia, entre la experimentación y lo cotidiano del intimismo realista que caracteriza a su generación poética. Tras ganar unas oposiciones en el Ministerio de Educación, se trasladó a Teruel donde le sorprendió el estallido de la guerra civil; allí fue encarcelado y estuvo a punto de ser fusilado. Trabajó en la labor docente y en la gerencia del periódico *Heraldo de Aragón* mientras aparecían sus libros cla-

ves: *Poemas del dolor antiguo* (1945), *Homenaje a Goya* (1946), *El corazón en los labios* (1947). *El tiempo recobrado* (1950), *El incurable* (1957) entre otros. En 1950 ganó el Premio Internacional de Primera Novela con *La moneda en el suelo*, obra de rasgos tremendistas y existenciales. Se trasladó a Estados Unidos en 1962, donde trabajó de profesor en diversas universidades como la de Rutgers y Nueva York, a la vez que surgían sus poemarios *Los días del hombre* (1968), *De persona a persona* (1971), *Luz sonreída, Goya, amarga luz* (1972), *Poemas del tiempo y del poema* (1973), *Elegía total* (1976). Recibió numerosos homenajes y premios entre los que cabe destacar la medalla de Santa Isabel de la Diputación de Zaragoza en 1969 al ser llevada al cine su novela *Juan Pedro el Dallador*, el Premio Luzán en 1976, la medalla de oro en 1982 que concede también el Ayuntamiento de Zaragoza; homenajes en Nueva York, etc., el más reciente el celebrado en honor del poeta el mes de enero de 2002 en Paniza, pueblo del Campo de Cariñena. Es autor también de libros de cuentos y novelas: *Pueblo nuevo* (1960), *Amor y muerte y otras historias* (1971), *La muerte hizo su agosto* (1980) o *Concierto al atardecer* (1992) además de numerosos ensayos literarios. Regresó a Zaragoza tras su jubilación en 1982, donde continúa trabajando y dando a luz poemarios como *Poemaciones* (1982), *Las colinas* (1989), *Cancionero segundo del recuerdo y de la tierra* (1992), hasta su reciente *Vida, Unidad de Tiempo... Poesía* (2001); crítica literaria y libros autobiográficos y memorialísticos entre los que destacan *Un caballito de cartón, memorias 1915-1925* (1996) y, sobre todo, *Vivos, muertos y otras apariciones, 1926-2000* (2000), todo un testimonio ejemplar e inestimable para acercarnos a nuestra historia literaria contemporánea.

A sus noventa años conversa con una lucidez espléndida. Con candorosa amabilidad va desentrañando recuerdos de aquellos años que caracterizaron a toda una generación poética que la crítica literaria ha denominado de 1936, aunque a él le guste más el membrete de 1931 por el acontecimiento histórico de la Segunda República, generación entre dos dictaduras. Ildelfonso-Manuel Gil vivió las experiencias vitales y literarias de su época, conoció y trató a todos los grandes poetas.

—*Sus memorias tituladas Un caballito de cartón evocan la infancia y juventud, ese caballo de cartón aparece también en un poema autobiográfico de Luis Rosales, la memoria de la infancia parece un símbolo de su generación...*

—No estoy nada convencido de que realmente haya existido una Generación del 36, porque los distintos críticos que polemizaron se atenían a

cosas disparatadas, llegaron a hacer una lista increíble de autores, donde había diferencias entre unos y otros de hasta treinta años. Por otra parte, como he dicho muchas veces, me molestaba pertenecer a una generación de 1936, que es un año inicuo en la historia de España.

—*Sí, es una verdad, usted en sus trabajos la denomina de 1931...*

—Claro, es mucho más justo, porque a muchos del grupo nos influyó extraordinariamente el acontecimiento del paso de la Monarquía a la República y tiene mucho más sentido llamarla Generación de la República que Generación de 1936; pero a la hora de estudiar a los poetas seriamente, no se encuentran los puntos comunes y la consistencia unitaria que tiene la Generación del 27. En nuestra Generación existen grupos: hay un grupo de Madrid, uno de Andalucía, uno de Barcelona, etc. Pero no creo realmente en eso, porque se han equivocado mucho con las individualidades y esto es importante, las personas han tenido en cuenta el factor de la amistad y de grupo, pero no las determinantes literarias como sucede con la Generación del 27 que tiene por ejemplo unas etapas, ellos comienzan al principio con el juego poético —están jugando a hacer poesía—, luego el gongorismo, etc.; pero en nosotros, pese a la amistad, no están esas determinantes. Así, por ejemplo, yo fui íntimo amigo de Juan y Leopoldo Panero, de María Zambrano, de Maruja Mallo, de José Antonio Maravall —que luego dejó la poesía—, de Ricardo Gullón, etc.; pero, yo no tengo nada que ver con la poesía de Leopoldo Panero, nada que ver con las ideas de Maravall, con la actitud de mi amigo fraternal Gullón, etc. Cada uno éramos nosotros, no teníamos el espíritu de formar un grupo estético.

—*Sí, pero como una vez apuntó Ricardo Gullón en sus artículos sobre la Generación del 36, existen hechos aglutinadores como las revistas, las tertulias, la Universidad Central, el magisterio de Ortega...*

—Bueno, pero todo eso ha venido mucho más tarde. Desde esta perspectiva sí que se puede hablar de grupos que teníamos cosas muy comunes, porque vivíamos en un mismo tiempo y teníamos unas mismas experiencias, pero eran amistades personales íntimas que no tenían ningún reflejo literario.

—*Una de sus primeras obras, La voz cálida, oscila entre clasicismo y vanguardismo, se vislumbra tanto Garcilaso como Salinas, pero hay una veta surreal muy interesante. ¿Considera Sobre los ángeles un libro básico para su Generación? ¿Cuáles fueron sus primeras influencias literarias?*

—Fui muy amigo de Rafael y de María Teresa, lo cuento en mis memorias...

—Sí, en *Vivos, muertos y otras apariciones donde usted recordaba cómo ayudó a vender el libro Consignas de Alberti por las Facultades de Medicina y de Derecho para financiar la revista Octubre...*

—Verá, con respecto a mis influencias yo era un chico de pueblo, viví hasta los 16 años en Daroca, hice el bachillerato en un convento de escolapios y tuve un profesor en cuarto curso que cuando nos enseñaba preceptiva literaria no sabía nada ni le importaba nada la literatura. Un desastre. Entonces mis lecturas eran muy malas, había leído febrilmente y me sabía de memoria *El tren expreso* de Campoamor —tan poco lírico—, también a Núñez de Arce, pero cuando escribí mi primera obra *Borradores*, no había leído ningún poeta posterior a Bécquer. El poeta que más admiro y más me influyó, el que me hizo de verdad escritor fue Bécquer.

Realmente fue en Madrid donde entré en el mundo literario. Todo vino de mi padre, que era farmacéutico y tenía en Daroca una farmacia muy acreditada. Él pensó que yo también me haría farmacéutico (viendo mi porvenir en aquella farmacia), pero a los 14 años tuve que elegir entre ciencias y letras, porque habían hecho un disparate de plan educativo —el plan Callejo que se llamaba— y le dije a mi padre que yo quería ser escritor. Se quedó anonadado, pero era una gran persona, cuando vio que hasta me sabía de memoria *El tren expreso* de Campoamor, comprendió que no era una chiquillada, que iba en serio. Mi padre murió cuando yo tenía 16 años y nos fuimos a Madrid, porque él había estudiado farmacia allí. Mi madre le había oído decir muchas veces la ilusión que le hacía que un día yo estudiase también allí; aunque había elegido derecho, nos fuimos a vivir a Madrid, principalmente por la cosa literaria. Fue mi madre quien me dio dinero para publicar *Borradores*, que no debería haberlo publicado; de hecho, durante mucho tiempo no lo puse en mi lista de obras, luego comprendí que eso era una estupidez.

Por lo tanto, no pude tener una influencia inicial de Alberti, porque en aquel tiempo desconocía absolutamente su obra, la leí mucho más tarde gracias a Ricardo Gullón, que tenía todos los libros del mundo porque su padre era el mejor abogado de toda la comarca de León e hijo único. Él tenía todos los libros que quería; yo no, porque no tenía dinero. Ricardo fue quien me habló de Alberti y, al principio, recuerdo que teníamos unas discusiones feroces, porque a mí no me gustaba, me refiero al Alberti anterior a *Sobre los ángeles*. Luego lo admiré mucho, pero no ejerció influencia sobre mí.

—*Lo apuntaba por la coincidencia de tópicos y elementos surrealistas en las composiciones primeras de muchos poetas de su Generación: Vivanco, Panero, Gil-Albert, Serrano-Plaja, Cela... incluso se vislumbra en algunos poemas de La voz cálida suyo...*

—Pues no. Esos rasgos surrealistas que aparecen indudablemente, que existen, que están ahí, eran si saber que existía una cosa que se llamaba surrealismo. Ricardo Gullón me descubrió todo y me hizo leer no sólo la literatura española sino también la francesa. La influencia verdadera que me llegó, no por la vía poética, sino por la vía sentimental, es la de Antonio Machado. También Salinas influyó mucho en mí, pero sólo en una época muy determinada, en el momento en que estoy descubriendo toda la literatura nueva del 27, en mi época madrileña. Para mí los maestros fueron Bécquer, Juan Ramón, Machado y Pedro Salinas.

—*En 1929, coincidió en la Universidad Central de Madrid con muchos de los escritores importantes de su Generación. Ricardo Gullón en un artículo de Ínsula y luego en posteriores ensayos (La invención del 98...) ha incidido en esta característica como núcleo aglutinador, señalando también el magisterio de Ortega (son muchos los que se reconocen discípulos orteguianos —Zambrano, Marías, Laín, Aranguren, etc.—), pero, sin embargo, ese magisterio no lo es tanto, sino Zubiri ¿Está de acuerdo?*

—No. En mi caso leí poco a Zubiri y había cosas que influían también. Zubiri era un cura que había dejado de serlo y no me interesó mucho, lo leí tardíamente. Ortega me gustaba mucho por el estilo, aunque no compartía la teoría de la novela deshumanizada. En un prólogo a una obra de Benjamín Jarnés, ya aludí al tema de la deshumanización. Comprenda que nada que escriba un ser humano puede ser deshumanizado, la misma función de la escritura es humana, si no existiera el punto de vista tendríamos que buscarlo porque tiene que existir.

—*Su generación se ve marcada por la vuelta a los presupuestos noventa-yochistas, por ese realismo histórico de estirpe galdosiana. ¿Cree que son una clave para su Generación, la historia, aquella ruta del Cid como los del 98?*

—Galdós influyó tardíamente. No nos interesó a fondo, sino en América porque había que dar cursos sobre él. Pero habíamos leído todos sus *Episodios Nacionales*.

Recuerdo lo de la ruta del Cid, la hice con Ricardo Gullón y José Antonio Maravall. Gullón había sido destinado a Soria porque ganó las oposiciones de fiscal. Él no pudo hacer el viaje entero, porque tuvo que quedarse allí. Nos reunimos los tres en Burgos y fuimos en una tartana hasta el pueblo donde nació el Cid y de allí andando hasta Burgos. Paseando por el Espolón de Burgos nos encontramos con Miguel Pérez Ferrero que nos informó de la cogida de Ignacio Sánchez Mejías, a quien había conocido pocos días antes en el Teatro Español de Madrid en una función de Alberti y Lorca.

—*Se vislumbra en sus compañeros generacionales una vuelta a los clásicos, un interés por ejemplo en Cervantes es clave por los numerosos estudios y referencias desde Díaz Plaja a Arturo Serrano-Plaja. Lope de Vega, su introducción a Tirso de Molina...*

—En todos hay un fondo cervantista, cosa que no se da en el 27, porque todos comenzaron jugando con la poesía, para ellos valía más una metáfora deslumbrante que un poema entero. Nuestra idea fundamental en revistas como *Brújula* o *Literatura* que fundamos con Ricardo Gullón era precisamente defender la Literatura, no admitir la separación de literatura y poesía como cosas distintas, como bloques o partes. Nuestra idea de literatura para volver a ella, con carga humana e ideológica.

—*En sus Poemas del dolor antiguo (1945) aparece uno de los primeros poemas dedicados a la muerte de Miguel Hernández. ¿Lo considera una guía generacional?*

—A Miguel Hernández no lo conocí personalmente. Lo leía y sabía cosas de él en las tertulias. No lo conocí porque en mayo del 1934 me fui de Madrid, gané las oposiciones y me destinaron a Teruel, si me hubiera quedado hubiera conocido a Hernández y Neruda que estaban en el grupo de mis amigos, cuando fundaron *Caballo Verde para la Poesía* y todo ese ambiente, pero yo estaba ya en Zaragoza. Sin embargo, recuerdo que Bergamín me regaló la edición de *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que era* y la había leído con mucho gusto. Más tarde supe de él cuando su detención, porque yo también quería salir de España por Portugal y me dijo Azcoaga que a Miguel lo había cogido la policía en la frontera de Portugal.

—*Por cierto, un poeta que coincidió con Miguel Hernández en la cárcel fue Germán Bleiberg.*

—A Germán Bleiberg lo conocí en Estados Unidos, era una gran persona, formamos una vez en la Casa de España unas sesiones poéticas, recuerdo que también estaba José Hierro, con lo que representábamos generaciones distintas. Germán Bleiberg, hacia los pocos años de aquel Simposio de Siracusa sobre la Generación del 36, enfermó mentalmente. Creo que falleció en Estados Unidos, no estoy seguro.

—*Antes de su exilio a Estados Unidos, impartió clases en el Colegio de Santo Tomás de los Labordeta ¿Cuál fue su relación con Miguel Labordeta?*

—Sí, cuando yo pasaba penurias, José Manuel Blecua me recomendó como profesor al padre de Labordeta, que era el director del colegio. Pero no estuve de profesor de literatura, sino de historia. Me hice muy amigo de Miguel, incluso fui con él a Daroca, hospedándonos en casa de mi hermana. Cuando me ofrecieron ser gerente del *Heraldo de Aragón* dejé las clases en el colegio pero conservé la amistad con los Labordeta, tal es así que su primer libro, *Sumido 25*, se imprimió en la imprenta del *Heraldo*. Recuerdo cómo con Antonio Mingote elegimos la portada surrealista...

—*Ud. Participó como secretario en el Primer Congreso de Poesía de Segovia en 1952 con una ponencia sobre la difusión de los libros de poesía, el presidente era Carles Riba...*

—Eso fue muy bonito, una gran maniobra de Dionisio Ridruejo que estaba ya separándose del Régimen y pasando a la oposición. Tengo una anécdota preciosa: Rafael Santos Torroella que estaba en el juego fue quien movió las cosas y también Dionisio Ridruejo que había oído hablar de mí a Leopoldo y Ricardo. Todo fue para legalizarnos en cierta forma (Carlos Riba pasaba clandestinamente la frontera y corría serio peligro). Al convocar unas sesiones poéticas oficiales, se votó una mesa presidida por Carlos Riba, vicepresidente Ildefonso-Manuel Gil —que había estado en la cárcel— y secretario Rafael. Carlos Riba estaba viviendo ilegalmente en Barcelona, había entrado por la frontera sin pasaporte, burlando todas las leyes. El congreso fue una manera muy acertada de resolverlo. Hubo un gran revuelo, varios falangistas protestaron por eso y se dijo que habían elegido a tres antifranquistas en la mesa.

—*Los amigos, la familia son temas principales en su obra, por ejemplo, en De persona a persona (1971) es un libro de diálogo con poetas y escri-*

tores, algunos muy amigos, ¿Qué papel juega para Ud. ese diálogo como conocimiento alexandrino?

—Sencillamente lo que quise hacer en ese libro era un homenaje a amigos míos determinados, pero que no podía ser cualquier amigo (no había por ejemplo un Ricardo Gullón que era como un hermano mío ni un Francisco Ayala a quien más cosas debo también), sino de otra manera. Quise compartir con el lector el modo en que yo entendía que esa persona vivía y pensaba. Ninguna de las cosas que dicen los personajes que hablan conmigo, se la he oído decir a ellos, pero pienso que eso es lo que podrían decir tal como yo los conocía.

—*En su poesía hay referencias a la guerra, Elegía total (1976) aparece un futuro apocalíptico con la destrucción total de la civilización ¿Comparte la idea de poeta visionario o profeta que también está en Celaya?*

—Aparece en *Elegía total* donde predomina la imagen visionaria. Para mí, en poesía vale lo mismo un poema de amor si lo ha inspirado una mujer real —que ha sentido ese amor— que si es una invención. La poesía es imaginación, creación y también voz de la humanidad.

Con *Elegía total* parece que el tiempo me está dando la razón, sobre todo con lo que está pasando últimamente en el mundo...

—«*Las graveras*» de *Los días del hombre (1968)*, publicado ya en *Cuadernos Hispanoamericanos en 1961*, es uno de los poemas de más fuerte denuncia social que pone en solfa la hipocresía y la miseria de la España de posguerra; sin embargo, es curioso que Leopoldo de Luis no lo incluyera en su *antología de la Poesía social*...

—Sí, luego me pidió perdón. Parece ser que alguien le dijo que no me incluyera, que me había ido a América. Bueno yo me tenía que ir a donde sea, si hubiera podido irme a Moscú me hubiera ido, aunque fuera a Tailandia. Si pude irme a Estados Unidos, pues aproveché la oportunidad. Todos los profesores españoles que estuvimos en Estados Unidos cuando la guerra de Vietnam estábamos en contra de ello, éramos antiguerra de Vietnam, excepto uno, que se llamaba Ramón J. Sender, quien publicó en un periódico de lengua española de Nueva York un artículo justificando la invasión americana...

—*En su poesía se encuentran algunas composiciones de carácter político y social, me refiero a Homenaje a Goya (1946).*

—Mi poesía no es una poesía de consigna, nunca he hecho poesía de ese tipo, aunque muchos la hicieron al principio, mis ideas podían ser tan radicales o más que las de ellos, pero yo no obedecí nunca a consignas, hablaba de lo que necesitaba hablar. En el libro sobre Goya hay poemas de denuncia política, «Misa negra», etc., también en mi primer libro después de la cárcel, *Poemas de dolor antiguo* (1945). Recuerdo que Ricardo Gullón vino a verme asustadísimo y me dijo que cómo habiendo salido de la cárcel y haberme librado de ser fusilado no sé cómo, me meto en ese lío de publicar una elegía a Miguel Hernández donde critico al Régimen directamente con aquello de «Tú no tendrás Miguel elegías de piedra / porque el mármol es frío para dolor tan grande...». Era por entonces el traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera al Escorial, a las tumbas de mármol, la cosa estaba bien clara. También aún no había conocido a Pilar y me daba lo mismo todo, estaba tan desmoralizado que me era igual volver a la cárcel, que me pegaran dos tiros. Tenía la conciencia de decir todo lo que mis compañeros al morir callaron, tenía que decirlo para que no se murieran en el olvido.

En mis libros había algo que atacaba directamente al Régimen, pero lo que más atacó, no al Régimen, sino a la misma figura del dictador fue el poema «Fernando VII» de *Homenaje a Goya*, cualquier lector se daba cuenta de que no estaba hablando de Fernando VII, sino del Generalísimo, estaba muy claro. En ese año yo ya había conocido a mi mujer y quería vivir, no estaba en la situación de años anteriores donde todo me daba igual, pero también tuve la obligación de ser leal a mí mismo y la única manera de ser leal a uno es mantener las ideas por las cuales ha luchado, yo había luchado por la República. Cuando yo estudié derecho político y los sistemas de gobernación, me di cuenta de que no podía ser otra cosa que republicano.

—*Con respecto a sus vivencias literarias en Estados Unidos llegó cuando la época de la Generación Beat...*

—La Generación Beat me interesó como fenómeno, pero entre los americanos Walt Whitman me atraía muchísimo más; la relación de poeta, poesía y pueblo; de poeta y lector. Pero no la poesía entendida como consigna, sino como Rilke y su obra.

—*Rilke subyace en muchos poemas de El incurable...*

—Sí, Rilke me gusta mucho, la idea —que antes había tenido Bécquer— de separar la realidad que he vivido de la que hay en el poema que he escrito sobre esa realidad. La vida del poeta, sus hechos, sus acciones, sus pensamientos, sus sentimientos es lo que debería cantar la poesía. En cierto

modo, he intentado exponer siempre la visión que tenía del mundo y de la vida. Yo sabía que no podía coincidir con cosas negativas: no podía hacer un elogio de un gobernante fascista o de la guerra cual sea el pretexto. Escribir sobre la vida y convertirlo en poesía –porque en definitiva todo es posible en poesía– es lo que el escritor debe hacer, y saber diferenciar lo que es poesía y lo que él ha llevado de poesía a cada texto concreto. Me refiero, sobre todo, cuando son experiencias personales.

En *El incurable* busqué un personaje desdoblado, en tercera persona para resolver el problema. Inventé alguien que hace esos poemas y que tiene un motivo fundamental para negar la vida, porque está condenado a muerte inexorablemente y tiene una enfermedad interior, alguien a quien le hago decir que la vida es hermosa si no se le pide más que ser ya vida. Eso tiene más fuerza que si lo dice cualquiera que ha marcado un gol en un partido de fútbol, si un enfermo del corazón que no se levanta de la cama lo dice tiene mucha importancia.

—¿Qué filósofos le han influido más?

—He leído las obras filosóficas de Sartre y lo cito bastantes veces. Cuando yo cito a alguien es porque lo conozco, no hago nunca una cita falsa. Pero la verdad es que no soy un temperamento filosófico. He sido educado en el catolicismo; luego, por evolución personal, me he salido de eso, pero no he podido quitarme la idea de Dios –como Unamuno–, entonces la mejor definición que podría darle de mí es que soy un cristiano sin Iglesia, yo no tengo un Papa, yo no tengo un obispo. Veo en la figura de Jesucristo –y al parecer es histórica– altamente unida a lo espiritual y lo material, pero yo rechazo la división del ser humano en lo físico y lo anímico, no creo en eso, entonces no creyendo en eso es muy difícil tener vocación de filósofo. Soy vitalista, lo que es tener una visión total de la vida como mundo único en el que vamos a movernos.

Y como el transcurrir del ser humano, el tiempo se ha ido veloz y atardece tras los cristales de su despacho, en forma piramidal, donde destaca el poeta entre valiosos libros dedicados, fotografías y cuadros de poetas amigos. Casi un siglo de literatura vivida y sufrida –como decía Pushkin– yace en esos estantes llenos de fotografías familiares: sus padres y hermanas, su mujer Pilar, hijos e hijas en América, sus nietos, Daroca... y una pequeña bandera republicana. Me despide el poeta amablemente advirtiéndome que en ese piso vivió Luis Buñuel. Ha empezado a llover en el frío anochecer de la antigua César Augusta, pero un hálito de inolvidable y vivo recuerdo poético me acompaña.